

Lawrence Stone, *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra* *

Luis Vázquez León

Corría el año de 1961 cuando el maestro José Miranda hizo blanco de su crítica a los etnólogos de la época. Refiriéndose a ciertos cambios socioculturales experimentados por los pueblos indígenas mexicanos desde los días de la Conquista, les hacía notar las numerosas apreciaciones erróneas en que incurrían en tal campo del conocimiento a causa de su ignorancia del hecho histórico. Su crítica era positiva, luego sugirió la colaboración de etnólogos e historiadores sobre el supuesto de que “tan importante es el conocimiento del pasado para la comprensión del presente como el conocimiento del presente para la comprensión del pasado”.¹ A la postre, tal colaboración de las formas de conocimiento presentista e historicista se interpenetraron para dar lugar a una novedosa forma de conjugación: la etnohistoria, disciplina de la que podría decirse, en palabras de Miranda, que el

conocimiento del pasado histórico sirve para la comprensión del presente etnográfico.

Pero mientras la etnohistoria fue ganando practicantes en la historia y etnología americanistas, en Inglaterra, una década atrás, un destacado antropólogo social, Edward Evans-Pritchard, otrora pilar de la teoría funcionalista, se volvió sobre sí mismo para criticar a su inicial campo de conocimiento, por lo que en nuestros días la antropología interpretativa tiene en él un precursor de las tendencias subjetivistas, humanistas y hermenéuticas que están ganando influencia en la antropología postclásica (postmoderna dirán algunos sin mucho fundamento, excepto que hoy todos dudamos de la idea de progreso). Pero lo que ahora viene al caso decir es que Evans-Pritchard no postuló una mutua colaboración entre historia y antropología social (que por razones estéticas me niego a llamarle “antrohistoria” como la bautizó Paul Friedrich), sino que sostuvo que la antropología era una especie de historiografía muy cercana a la historia social. Para fundamentar su rechazo, Sir Edward minimizó los problemas técnico-metodológicos y epistemológicos implicados en semejante traspaso de formas de conocimiento, si bien reconocía

* Stone, Lawrence *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1990 (1a. ed. ing. 1977; 2a. ed. ing. 1979).

¹ José Miranda, “Importancia de los cambios experimentados por los pueblos indígenas desde la Conquista”, *Vida colonial y albores de la Independencia*, SEP-Setentas, México 1972, p.42.

cierta individualidad de nuestra disciplina en razón de sus objetos, técnicas y tradiciones de pensamiento exclusivas.²

La traducción a nuestro idioma del estudio realizado por el historiador Lawrence Stone³ sobre las transformaciones de la familia inglesa entre 1500 y 1800 nos vuelve a plantear la cuestión de la interrelación, no de un campo de estudio común, que hoy cualquiera admite cuando se trata de estrechar los lazos espirituales entre historia y antropología, sino porque, más que eso, nos remite al cómo pueda establecerse en definitiva tal colaboración, ya que ni toda la historia se ha fundido en etnohistoria, ni toda la antropología se ha convertido en la historia social. Diría incluso que el texto de Stone ofrece la oportunidad de que invirtamos la crítica de Miranda, mostrándoles a los historiadores sus erróneas apreciaciones cuando interpretan al pasado, ignorando el conocimiento comparativo que la antropología social ha reunido en el estudio de gran cantidad de sistemas de matrimonio y parentesco presentes. Dicho en términos prestados de Miranda, la colaboración exige ahora dar el paso siguiente: usar el conocimiento del presente para comprender el pasado, a la inversa que en la etnohistoria, en su impulso primero.

² E. E. Evans-Pritchard, "Antropología social: pasado y presente", *Ensayos de antropología social, D.F., Siglo XXI Editores, México 1974*, pp. 4-24.

³ Se ha acusado en nuestro medio académico a la editorial estatal de haber cercenado el estudio original de más de 800 páginas, primeramente publicado en 1977. En realidad, como el propio Stone confiesa en el preface a la segunda edición de 1979, ésta fue reducida aproximadamente a la mitad de la versión previa, expurgándole de paso todo su aparato de referencias, fuentes y bibliografía, sin mencionar partes de su contenido, lo que no deja de ser raro en un texto así. Como fuere, la traducción al español se basa en esa versión abreviada.

I. En cierto modo ya existe una contrastación historia/antropología en este campo específico del conocimiento, aunque sigan pendientes de aclarar ciertas cuestiones de método. Cuatro años después de que se publicara la edición abreviada de la obra de Stone, el antropólogo Jack Goody escribió *The Development of the Family and Marriage in Europe*⁴, que desde su nombre indica un esfuerzo explicativo más comprensivo que el de Stone, no digamos geográfica sino temporalmente: Goody se remonta a cambios acaecidos hacia el siglo III en la temprana Europa mediterránea y cristiana para mostrarnos los patrones de familia, parentesco y matrimonio que fundamentaron los actuales.

En el fondo, la argumentación de Goody es una polémica con los historiadores y sociólogos que se han ocupado de la familia occidental de un modo etnocéntrico o poco imparcial. Como especialista en estudios del parentesco en África, Goody denuncia el evolucionismo perfeccionado de estos estudios que ven al pasado con mentalidad del presente, suponiendo que nuestro horizonte histórico es la culminación de un progreso constante. En parte, ese prejuicio se expresa como desdén hacia la terminología y los conceptos de parentesco mejor definidos por una antropología dispuesta a la comparación intersocietal e intercultural, optando en cambio por su acepción vulgar o echando mano de categorías binarias elementales como moderno/tradicional, capitalista/precapitalista, etc., poco útiles para captar las similitudes o disimilitudes de los patrones de familia, parentesco y matrimonio de esta u otra región. Cabe insistir que con esta crítica historicista Goody se refiere a la interpretación en sí del fenómeno —lo que Stone condensa en el rubro "sociología modernista", pero

⁴ Jack Goody, *The Development of the Family and Marriage in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

que también podría ser una “historia modernista” del estilo Mitteraurer y Sieder—⁵ no a su construcción metódica como hecho u objeto histórico, ni muchos menos a su propia metodología antropológico-presentista con arrebatos historicistas. El mismo deja ver estas diferencias cuando asienta: “El enfoque del material que sigue puede que no satisfaga todas las convenciones del estudio histórico (...) Pero uno ha de transigir con las realidades de la ubicación en el tiempo y con el deseo de desarrollar una línea argumental en un campo que uno nunca lo ha hecho en un sentido académico”.

Sería impreciso decir que el enfoque histórico de Stone consiste en un “ver hacia atrás desde hoy”, aunque esté presente la idea de transición del linaje medieval a la familia nuclear de los últimos dos siglos, descontando que su noción de linaje sea bastante imprecisa, aun cuestionable (caso, digamos, de su “familia de linaje abierto”). Debido a su exacerbado particularismo histórico, derivado de un método ejemplar-selectivo o ilustrativo fundado en la historia de casos personales, Stone conjunta una cantidad asombrosa de información difícil de cernir y, desde luego, de interpretar de un modo analítico. Se entiende entonces la flexibilidad con que usa los tipos ideales weberianos —pensados para comparar a través de la diversidad— y por qué él también se opone a las interpretaciones modernizadoras, oponiéndoles la “diversidad de tipos de familia” (que serían tantos como casos singulares documentados haya, lo que desvirtúa la metodología tipológica hasta restarle importancia en su interpretación), pero también el descubrir un curso zigzagueante,

cíclico más bien, en la tendencia general a la nuclearización familiar occidental.

La elección de este método no es un accidente. En honor a la verdad lo que a Stone importa no es explicar cambios en las estructuras familiares (cosa que nos obsesiona a los antropólogos dada nuestra pulsión explicativa) sino el cambio en la mentalidad afectiva o sentimental entre los miembros de las familias inglesas a lo largo de tres siglos, terreno que, como resalta Goody, es especialmente difícil de aprehender. Pareciera inevitable que para efecto de este objetivo humanístico, Stone apelara a la consulta de diarios, cartas, memorias, autobiografías y otros registros sumamente personales, idiosincrásicos en una palabra. Pero ya metidos en este contexto subjetivo, sería fácil pero impropio criticar a Stone deficiencias que él mismo apunta: falta de “representatividad” de su selección de casos, inadecuación categórica, uso demostrativo de su demografía histórica y así por el estilo. En su lugar me parecería suficiente confrontar a Stone con Goody, examen que nos persuade de que, lo que el segundo gana en comprensión analítica, el primero lo rebasa en riqueza del relato y comprensión de las relaciones interpersonales. Se podrá discutir entonces qué tan verdadera es la interpretación de cada uno, pero la fina ilustración de Stone es algo que no ofrece el mejor análisis abstracto de Goody. Haciéndola de abogado del diablo, me atrevería a decir que para apreciar la intención última de Stone —el cambio de mentalidad afectiva— hay que aceptar que su campo de estudio es el de la subjetividad humana, campo en que ninguna ciencia social se atrevería a competir en igualdad de circunstancias a las de un historiador como Stone.

II. Nuestro ejercicio de réplica discurre entonces que no es tan sencillo el replanteamiento de la antropología social como historia social, como alguna vez sugiriera Evans-Pritchard. Asi-

⁵ Michael Mitteraurer & Reinhard Sieder, *The European Family. Patriarchy to Partnership from the Middle Ages to the Present*, Oxford, The University of Chicago Press / Basil Blackwell Ltd., 1983 (1a. ed. al. 1977).

mismo, que el problema del método sí es esencial para un programa de investigación interdisciplinario. Y que ciertas similitudes epistemológicas entre historia y antropología no son suficientes para disminuir las diferencias metodológicas.

Principiemos por el método de exposición de Stone. En su capítulo introductorio asienta que lo que él hace es oscilar entre el análisis —que trata de explicar— y la anécdota —que trata de enseñar—. Sin ser historiador me arriesgaría a decir que esta metodología es bastante generalizada entre los profesionales de este campo, que siempre descubren “la verdadera magnitud del pequeño problema histórico”. Esto no es una crítica. En realidad son palabras de otro historiador, pero que bien podrían aplicarse a la microsociología de la antropología social bajo la paráfrasis “la verdadera magnitud de la pequeña sociedad humana”. Claro que el campo de estudio de Stone es la subjetividad, mientras que el de Goody son los patrones de cambio en las relaciones de parentesco europeo; es decir, un campo objetivo. Pero no nos engañemos: el modo como se arriba a este nivel analítico es también particularista, si no a nivel individual, sí a nivel de localidades o de grupos reducidos. Las nuestras son verdades particulares y no es raro que se diga que llegan a ser tan extremadamente particulares que carecen de validez alguna; aun así, asumimos que nuestra comprensión de lo cualitativo logra captar los motivos y las percepciones de nuestro objeto, aunque esa comprensión sea parcial.⁶ En esto pues nos asemejamos a nuestros amigos historiadores. Nosotros igualmente oscilamos entre el análisis y el estudio de caso y hasta historias de vida muy parecidas a las usadas por Stone en ese sabroso capítulo

dedicada a Pepys & Boswell. En términos de la génesis del conocimiento, historiadores y antropólogos somos tributarios de la manifestación de lo singular cuya comprensión requiere, para ambos, de una interiorización, un ver desde dentro, sea como empatía o como exposición a la alteridad para entender qué se siente ser miembro de otra sociedad o del otro horizonte histórico.

Supongo que para algunos de mis colegas militantes del cientificismo ha de sonar anatematizante que asemeje nuestro particularismo analítico con el particularismo ejemplar de Stone, a sabiendas de que él reconoce que sus casos resultan de una “impresión puramente subjetiva”. En efecto, su singular verdad es ideográfica en un doble sentido: porque su objeto es subjetivo y porque también el sujeto lo es. Tampoco somos ajenos a esta intersubjetividad objeto-sujeto. Téngase presente que una de las lecciones que hemos aprendido los antropólogos que leímos los diarios de Malinowski o que dudamos de la objetividad de la Samoa de Mead, es decir, los que vivimos la etnografía postclásica, es que la subjetividad existe lo mismo en el objeto de estudio que en el sujeto cognoscitivo, por mucho que presuma de observar como si su mente fuera una tabula rasa infantil. En consecuencia, podemos comprender las dificultades de Stone para remontar la variación de actitudes de familia a familia —no se diga de clase a clase— o de individuo a individuo, a pesar de que se les recree o reviva con el relato histórico (nosotros lo hacemos en el relato etnográfico; ambos son discursos actuales en ese sentido). Esta variación es ya subjetiva. La subjetividad se prolonga cuando se examinan aspectos afectivos que seguramente el historiador ha experimentado en carne propia. Aquí hay una interacción objeto-sujeto evidente, como la hay también entre el antropólogo que observa participando con otros grupos sociales. Quizá lo que nos determina a ser ex-

⁶ Edmund R. Leach, “An Anthropologist’s Reflections on a Social Survey”, *Anthropologists in the Field*, Assen, Van Gorcum & Co., 1967, p.78; también *Social Anthropology*, Oxford University Oxford Press, p. 161.

plicativos —es decir, al imperativo de la objetividad a pesar de la subjetividad subyacente— es que recurrimos a un método observante muy elemental, pero que tiene el valor de aplicarse a contextos culturales diversos a los del antropólogo. Por lo tanto requerimos de un esfuerzo de traducción de éste conocimiento, esfuerzo que ha de ser lo suficientemente público para que sirva de puente entre sociedades o grupos distintos. Con todo, existe una creciente insatisfacción con la supuesta objetividad de la observación antropológica que se proyecta como dudas en torno a las descripciones y a los subsecuentes análisis de éste o aquél antropólogo, como si el problema fuera que lo que un antropólogo ve no es igual a lo que otro ve en el mismo objeto. Se dice, en son de burla, que “hay tantas historias como historiadores”. Mas el disenso observante hace temer que también haya tantas antropologías como antropólogos. La cuestión es cómo hacer pública una vivencia personal. Por tanto, la subjetividad que podemos criticar en Stone es también nuestro patrimonio, excepto que nuestro factor humano, nuestra natural deriva ideográfica, está entreverada y en oposición a una actitud científica sustentada en un método observante que quiere ser nomotética u objetiva. Se diría que vivimos atrapados en esa ambivalencia. Como indica Eric Wolf al examinar nuestra mala conciencia humanística: la antropología es “la más científica de las humanidades, la más humanista de las ciencias”.⁷

En alguna ocasión escuché decir a un conocido sociólogo mexicano que lo que hacíamos los antropólogos era recoger chismes, ya que estilamos particularizar a veces con nombre y apellido. Imagino que los historiadores eran para él una especie de literatos. Viene al caso la

mención porque de todos modos creo que hay una brecha entre ambos. Decía Evans-Pritchard, con palabras muy parecidas a las de Miranda citadas al principio de esta nota, que los historiadores escriben la historia hacia adelante, del pasado al presente, mientras que nosotros lo hacemos al revés. Agregaba que la diferencia era ilusoria, porque de cualquier modo el historiador interpreta el pasado según su presente. “De aquí nace una especie de paradoja: si el presente tiene que ser valorado retrospectivamente, cuando se convierte en pasado debe a su vez ser valorado a la luz del presente”.⁸ Me temo que la paradoja subsiste como separación metodológica a pesar de sus buenas intenciones integracionistas. Puesto en términos de Dilthey, diría que la historia se orienta hacia la comprensión, al tiempo que la antropología se dirige a la explicación. Esto es muy claro en la confrontación que usamos entre Stone y Goody. La cuestión es si podemos articular ambas direcciones en un mismo programa comprensivo/analítico.

III. Sin pretender dar una respuesta definitiva al problema, me parece sintomático que Stone y Goody coincidan en desatender mutuamente las reglas y el conocimiento de los campos disciplinarios correspondientes. Una primera condición de colaboración sería saber dialogar y tener disposición a conocerse. En seguida habría que recordarles a los historiadores que el estudio del parentesco pertenece al *quadrivium* o núcleo duro de la antropología social, al lado de la política, la economía y la religión. Pese a ello, en fechas recientes ha venido perdiendo interés entre los especialistas en razón directa a su formalización como una verdadera álgebra divorciada de contenidos sustantivos, como si las relaciones sociales entre grupos e individuos no fueran importantes, y si el arte mismo de rela-

⁷ Eric Wolf, *Anthropology*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall Inc., 1964, p.88.

⁸ E.E. Evans-Pritchard, *op. cit.*, p. 62.

cionarse. Se impone, pues, la convergencia interdisciplinaria. John A. Barnes ha escrito al respecto algo que nos recuerda a Stone: "Necesitamos ver cómo una familia difiere en su constitución interna y sus relaciones externas de la familia vecina y cómo cambia en el curso de su ciclo de desarrollo.

"Necesitamos estudiar las diferencias individuales así como las similitudes comunales".⁹

Al escribir Barnes esto tenía en mente la convergencia de la microsociología de Firth con el estructuralismo de Lévi-Strauss y por supuesto no pensó en la tradición historiográfica a la que Stone pertenece. Reinterpretando a Barnes, declararíamos que la aportación principal de historias ideográficas como éstas sería lo que en otro

momento resultaría condenable: percibir la variación de actitudes individuales y familiares; esto es, la verdadera magnitud del pequeño problema histórico y social. Al problema de complementar comprensión y explicación respondería que acaso la respuesta ya estuviera esbozada en las palabras del maestro Miranda cuando dijo que "tan importante es el conocimiento del pasado para la comprensión del presente como el conocimiento del presente para la comprensión del pasado". Lo que debió agregar es que esta confluencia, metodológicamente distinta, precisa cerrarse como una relación circular o movimiento comprensivo concéntrico, donde presentismo e historicismo se alimentan constantemente en un proceso sin fin.

⁹ J.A. Barnes, "Kinship Studies: Some Impressions of the Current State of Play", *Man* 15 (2): 301, 1980.